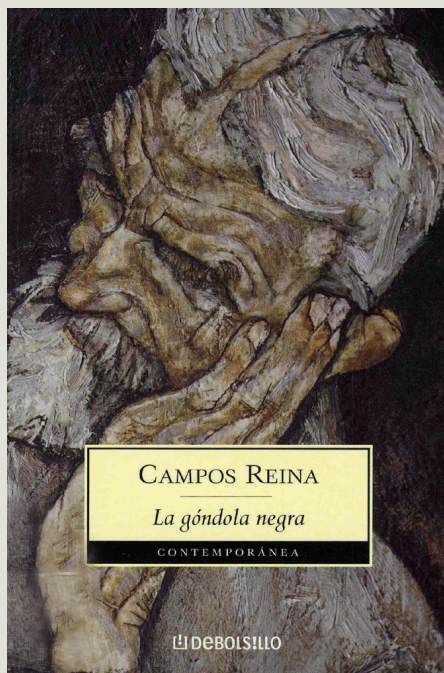


La góndola negra de Juan Campos Reina

Francisco Morales Lomas



Cruzar la línea del tiempo y vivir las mismas vidas a través del juego temporal y espacial. Acaso el secreto de *La góndola negra* se sostenga sobre esa percepción de que el tiempo es cíclico y el eterno retorno nos nutre y sostiene. Cuando el narrador en primera persona, Juan Maruján, inicia su andadura en la recuperación de la vida de Pepe Maruján y José Flor Maruján, sus antepasados, no percibe que también está iniciando el rescate de sí mismo, su propia redención al introducirse en los entresijos de una larga familia envuelta en múltiples secretos que sólo él acabará por redimir del olvido organizando lo que el siglo xx había desorganizado con guerras, diásporas y destrucciones. La reconstrucción de la familia de los Maruján también es la reconstrucción del siglo xx.

De todos los indicios que percibe Juan para organizar el puzzle vital en el que se mueve y las conexiones entre el pasado y el presente el más evidente es la identificación palmaria entre Leonor Tavera, eterna enamorada de Pepe Maruján (el pasado), y Beatriz Dufour, enamorada del narrador Juan Maruján (el presente). Éste se hace depositario del pasado a través de esa herencia (de hechos históricos y familiares nunca inocentes) de la que formará parte Juan Maruján. Y la que concita este hecho es Beatriz, la Beatriz de Dante, la Beatriz que ayuda en el viaje iniciático, en el viaje del conocimiento desde los afectos, la ternura y el amor, haciendo intemporal lo que se sostiene sobre el encuentro.

La góndola negra se inserta en la novela de corte intelectual y simbólico con guiños al romanticismo, y siempre con una proyección vital y trascendental. Juan Maruján recibe un legado de su antepasado José Flor Maruján, sobrino a la sazón de Pepe. Los otros dos herederos son Adelaida Maruján, que ha sido elegida para presidir el Patronato de la Fundación y Beatriz Dufour (huérfana desde la infancia), de la que se enamorará Juan Maruján y con la que compartirá propiedades de modo vitalicio. El único requisito que le imponía José Flor a Juan para disponer del usufructo del legado era fijar su residencia en el municipio donde pertenecían los bienes. Juan Maruján, una persona meticulosa y ordenada, antiguo funcionario, hoy enfermo gravemente (acaso trasunto en determinados momentos del propio Campos Reina) decide penetrar en el secreto de la familia y a través del triángulo de Córdoba-Florenia-Venecia desentrañar la última verdad. Entre los bienes existentes había no menos de quinientas piezas entre objetos artísticos, esculturas y lienzos que no habían sido entregados

a la Fundación y José Flor los había cedido en usufructo a Juan, que ignoraba las razones que lo movieron a tal proceder. Lo que generaba una dependencia de la fundación con respecto a él en tanto viviese. Juan sospechaba inicialmente que lo que podía mover a José Flor era que los Maruján volviesen a formar una familia unida.

En medio de esta investigación emerge con un poder sublime la figura de Pepe Maruján (pintor en ciernes, tras la estela de Fortuny en Florencia, que pretende trasladar la cultura europea a un rincón de Andalucía), que se apoderará súbitamente de la novela: su interrumpida historia con Leonor Tavera, la confianza y amistad con Paola Pisani, su colección de obras de arte entre los años 1900 y 1915, su vida entre Florencia-Venecia-Córdoba... Pepe es un idealista que soñaba con un hombre en continua evolución positiva guiado por la razón, seguidor de la revolución francesa y de las grandes conquistas de la ciencia y el arte.

Pero un misterio se cierne sobre la familia el año 1915: en otoño fallece Pepe Maruján; Blanca (su sobrina, y también sobrina de Leonor Tavera, la enamorada de Pepe Maruján) regresa a Francia; José Flor (sobrino de Pepe) se marcha a Oriente; y Lola (que no perdonará a su hermano Pepe haber dejado como usufructuario del pabellón y el botánico a su chófer «El poeta») abandona la casa donde había estado toda su vida. La huida de Blanca y José Flor se justifican por el embarazo de ésta y el posterior nacimiento de Albert Dufour, abuelo de Beatriz. La historia familiar se va enmarañando con la historia de Sara Maier (la mujer de Albert y abuela de Beatriz Dufour) y su extraña desaparición. Todo un conjunto de hechos que mantienen una lectura en la que se aprecian las dotes de narrador de Campos Reina, escrupuloso, minucioso y detallista, transparente en la eliminación de los elementos innecesarios y ágil en el desarrollo de la intriga con capítulos breves e intensos.

A través de diversos tipos de escritos: los cuadernos de Paola Pisani, las cartas de Leonor a Pepe Maruján, de éste a Leonor y Paola, la carta de José Flor a Beatriz o de Sara Maier a José Flor... y la propia historia de Juan Maruján, sobre sus pesquisas en primera persona, el lector se adentra por un laberinto familiar en el que el arte y la trascendencia del amor así como los secretos mejor guardados conforman una novela que, bien conducida en cuanto al ritmo narrativo, nos adentra por tres ciudades que poseen una sublime eficacia en la vida de los personajes. Florencia como símbolo del arte y el secreto mejor guardado navegando más allá de la realidad inmediata; Venecia, con esa entronización de Wagner y el simbolismo de su óbito final; y Córdoba como residencia y canto del amor y los afectos en torno a Beatriz Dufour.

La góndola negra representa el encuentro con un proyecto familiar que finalmente se conforma en torno a Juan Maruján y Beatriz Dufour, pero también la apoteosis de la muerte a través de la pintura de Fortuny y Madrazo, del momento concreto en que el cadáver de Wagner es trasladado desde el palacio Vendramin-Calergi a la estación de ferrocarril en la góndola. Una obra que en el marco de la trilogía *Renacimiento* simbolizaba el Purgatorio pero en la que el alcance de las ideas sobre el progreso, las razones del arte, de la música y de los valores vitales presididos por el amor se adueñarán de esta admirable obra.